

## Los últimos momentos de Florencio Sánchez

*Sr. don Eduardo B. Anaya.* — Montevideo. —  
Mi estimado amigo: Me pide usted algunos datos sobre los últimos días del malogrado joven compatriota Florencio Sánchez, arrebatado a la vida y al arte cuando se disponía a conquistar nuevos éxitos duraderos que fuesen seguros de gloria y perpetuidad de su nombre.

A solicitud de varias personas a él estrechamente vinculadas por lazos de sangre, de cariño y admiración, algo escribí desde Italia acerca del dramático episodio, en forma confidencial, por escrúpulos de discreción y reserva.

Ahora que el tiempo transcurrido, único atenuante de los grandes dolores morales ha suavizado la crudeza del hecho infausto, sustituyendo la angustia intensa de los primeros días por una natural resignación en los que lo amaron, no veo inconveniente en satisfacer su noble interés y en dar amplitud a los informes someros que entonces transmití a sus deudos y amigos.

Como aquéllos, los que agrego son de fuente fidedigna, sin que esto excluya de mi parte algún error de detalle, confiado como soy en mi memoria. Las

cartas y telegramas relacionados con el suceso, las conservo en Buenos Aires. El singular Florencio necesita un biógrafo, además de crítico, y estos fugaces apuntes pueden ser de alguna utilidad al que se imponga esa honrosa tarea.

Un día se me presentó en Roma. Desde muy jovencito era mi amigo, me escuchaba y algunas veces me atendía. Yo lo estimaba de verdad y lo alentaba en sus esfuerzos y trabajos literarios. Se sentó con frecuencia a mi mesa. Comía poco; era un decidor muy interesante. Pero en ciertos días lo noté preocupado y mustio.

Pensé entonces en distraerlo, en retemplar su ánimo y encaminarlo a sitios que le produjeran emoción. Mediaban precedentes graves.

Cuando pasó por Río de Janeiro la dolencia por él olvidada, o mejor dicho, no creída en razón de la edad, de la inexperiencia y acaso, de la obsesión de que uno no ha de morir sino cuando uno quiera — la más mísera de las obsesiones, — esa dolencia mirada por sus ojos grandes e ingenuos, por sus ojos llenos de ansias de conocer, de gozar, de prodigarse, como un malestar pasajero y despreciable, seguía su natural proceso. Lo sacudió, lo amonestó, lo amenazó con la acritud propia de la parca que se apresta a cortar el hilo.

Como Florencio desdeñara las advertencias severas, le sorprendió de improviso un vómito de sangre. No hizo tampoco caso, ni se resolvió a un cambio prudente de costumbres. Repúsose de esa impresión física, limpióse los labios con el dorso de las manos y siguió la vida errante. Parecióle sin duda que su carga de

treinta y cinco años estaba distante de ser destinada al hueco de un ataúd. El ataúd era para los seniles sin una gota de savia y él tenía mucha. De aquella ráfaga de muerte, pues, había que hacer caso omiso, como lo hace el soldado valeroso del plomo que pasa silbando por sus oídos. En tanto que así pensaba, henchido de anhelos, y de pasiones que apenas se encendían voraces, por el auxilio de medios materiales de satisfacerlas, el pobre baciloso no sentía que su organismo, en apariencia fuerte pero en realidad linfático y débil de morbidez ficticia, iba paso tras paso hacia el derrumbe, a poco que una demasia cualquiera acentuara el desequilibrio y las toxinas llevaran su aliento letal al corazón. Ahí estaba ahora en mi presencia, diciéndome con plena confianza a cada paso, que su salud era inmejorable, que nunca se había sentido mejor, y que venía dispuesto a observar, estudiar y a escribir cosas de aliento.

Lo felicité por todo ello, agregando que yo lo ayudaría sin reserva alguna en el sentido de allanarle dificultades que obstasen al logro de sus nobles propósitos y aspiraciones.

Pero, aquellas sus caídas súbitas de espíritu, de vez en cuando, de las que reaccionaba pronto, parecíanme síntomas de un malestar persistente.

Resolví, pues, proporcionarle oportunidades de distraerse y de estimular sus dotes de dramaturgo a fin de inclinarlo a trabajar y producir. Con todo ¡era tan difícil adivinar los gustos y predilecciones de aquel joven lleno de rarezas! Había, no obstante, que ensayar. ¿A qué lugares lo llevaría que exaltaran su mente y lo predispusieran a la inspiración y a la labor estética?

Era un problema.

¿Allí, donde el mar entona durante las noches invernales sus furiosos himnos de espuma y de borrasca que estremecen los peñascos seculares y graban en la arena de las playas el idioma del abismo? No, no era para cautivarle las monotonías de un coro siempre igual de agudos silbidos y las notas de bajo profundo del oleaje turbulento. Otros alicientes necesitaba su espíritu calmoso y adormido. Aquellos espectáculos de la naturaleza en desorden, y aquellos estruendos nunca oídos sino en los dominios del piélago no producían en él más ecos que un fósil caracol marino.

¿Sería entonces allí, donde las ruínas sombrías cuentan a la noche y al silencio la tradición de dos mil años, hirsutas en el espacio, a modo de águilas en esqueleto, de águilas que parecieron tener ocho alas para alzarse ufanas con todos los trofeos del mundo conocido?

¿Allí donde los restos del teatro antiguo, como el teatro de Marcelo, sirven de madriguera a bajos oficios, en el sitio mismo en que se representaban los dramas y tragedias que ningún moderno ha superado?

¿Allí, donde se declamaba el latín de Ovidio, Marcial, de Lucrecio, y solían reproducirse los sonos del platagón y del sistro del alfa de la música griega como una perpetuidad de los tiempos en que los dioses vagaban por la tierra?

No: nada de eso conmovía su espíritu.

Miraba con indiferencia. El escombros, la piedra sucia, la estatua mutilada, símbolos de lo muerto, recuerdos imponentes de una vida anterior, no eran para su vida actual, ni encuadraban en su temperamento,

ni decían a su ánimo taciturno cosas que lo soliviasen por un raptó de admiración o de simple interés, siquiera pasajero.

Acaso, me dije, en las clásicas galerías de lienzos y esculturas maestras; en las gradas del coliseo, — el teatro gigante de las pasiones en masas y de los sacrificios en carne viva —; en el fondo tenebroso de las catacumbas, asilos y osarios de generaciones perseguidas, ciudad subterránea del prestino credo, de los poemas místicos, de los mártires ignorados; en las catedrales y basílicas llenas de prodigiosos monumentos; en los conventos medioevales con aspecto de enormes mausoleos, en cuyos recónditos la vida se arrastra y siente una atmósfera nunca renovada de seis o siete siglos, como si allí la marcha del tiempo siguiera midiéndose con la ampolleta de arena; los parques, los paseos, las villas, las campiñas, acaso, pensé, todo esto en conjunto lo sorprenda, lo enajene, lo impresione al menos lo bastante para sustraerlo a su hábitos de existencia errabunda.

Y tenté. Dócil como un niño se dejó llevar a todas partes; dócil escuchó.

Pero si algunas cosas lo suspendieron o asombraron, ninguna observación oportuna hizo, ni un solo comentario. Concluía por encogerse de hombros. Todo eso le fastidiaba. En su rostro, de una palidez amarillenta, ni una línea se contraía. En el palacio Spada, frente a la estatua de Pompeyo, volvió a poco la espalda. En el templo de Vesta encendió un cigarrillo. En el arco de Tito movió la cabeza con levedad y su mirada se perdió somnolienta en los contornos, como

absorbido por algo que estaba lejos de aquellos fantasmas de la vieja historia.

¿Presentía tal vez, que él también comenzaba a ser ruína? Roma le dolía; le dolían los ojos de ver sus ladrillos negros, esos montones en hilera de la vía Apia semejantes a rezagos de un saqueo y de un incendio. A ocasiones una lagartija le producía una impresión de sorpresa y contento y seguía la con la mirada curiosa hasta su escondrijo. Luego se reía como una criatura, más que con la boca, con los ojos. Su mano larga, con todos sus dedos flacos juntos, señalaba la marcha veloz del pequeño saurio a lo largo del yetusto murallón.

En ciertos momentos interrumpía mi verba para hablarme de asuntos muy distintos al del arte monumental antiguo o moderno. Quejábame de lo muy parciales y hostiles que habían sido para con él muchos hombres de su generación, así como de cuán agradecido estaba a algunos que después de haberle negado habían concluido por reconocerle lo único que constituía su orgullo: sus aptitudes para las obras de escena. El drama y la comedia eran la Egeria de su cerebro, y sólo para eso él servía. Entonces me empeñaba yo en consolarle, diciéndole que eso pasaba a todos los que valen por entero, y a los que algo valen. No se concebiría de otro modo dentro de lo humano de la leyenda bíblica de Caín y Abel, ni tendría explicación racional la leyenda histórica de la suerte que cabía a la espiga más alta en el criterio del rey soberbio. Que se resignase por el don de poseer talento superior para decir en el teatro verdades luminosas, y saberlas decir, pues ese era su mayor delito; delito imperdonable

para muchos de los coetáneos porque el principio igualitario manda que nadie sobrepuje a nadie en las repúblicas "bien concertadas", y con especialidad en la república de las letras con ser representativas de los fueros del intelecto, niega todo al intelecto con salirse éste del nivel preestablecido. Para prevenir tales audacias hay academias muy formales y círculos graves de "trusts" literarios que no dan boleto de pasaje al porvenir, aunque de ese recaudo no hayan menester las alas enormes del viajero para acercarse al sol sin derretirse. Que aún cuando el mito de Icaro no sea más que una clásica y honda ironía, los que usan alas de cera se imaginan por el contrario que el mito importa perdurable elogio hacia el esfuerzo por alcanzar la región de luz; siendo por ende los pulmones del águila caudal en comparación...

Aquí volvió Florencio a interrumpirme, para bisbisar, con mirar opaco y sonrisa leve:

—Plumas de pollo embadurnadas en palo de gallinero.

—Algo parecido...

—Por eso quiero empeñarme en producir obras que sobrepujen a las ya hechas, que no sé si lograré. Me apuran en ese sentido, pensando acaso que mi ingenio dará para tanto. "No se atan perros con longanizas..."

Cito este último proverbio viejo, porque le era familiar. No todos los que le rodearon lo comprendieron en su verdadera acepción y alcance.

En realidad, Sánchez poseía el sentido del teatro.

Entre bambalinas, bastidores y escotillones, a telón corrido, era otro hombre, se transfiguraba, re-

vivía para impresiones sólo por él experimentadas. Quedábase como extático observando el ensayo de una pieza bien urdida, o de una larga risa cómica correctamente plasmada, aunque él riera, por otras causas quisiera más bien estar llorando. Complaciase en oír con mucha atención las frases de un duodrama trágico, las que surgen anudadas con el reproche severo y se diluyen en hiel al saltar de los libros; o los ecos de la vida que solloza porque siente que se extingue en plena juventud, sin apercibirse del drama que se repetía sordo con la regularidad de un péndulo en el fondo de su propio organismo carcomido. Con idéntico interés concentraba sus sentidos en observar las cambiantes contorsiones y los visajes de los artistas falsos o verdaderos; si eran apropiadas y oportunas las salidas y entradas por los foros hasta producir el efecto que debían mantener la atención del público sin disgustarlo o aburrirlo; y si la acción en detalle y en conjunto de los personajes correspondía al argumento, a la trama y al desenlace. El palco escénico resumía así al mundo de su espíritu.

No era capaz de hacer lo que el actor, pero sí de inventar, copiar y presentar entidades que pusieran a prueba la habilidad o el talento del intérprete y le diesen fama, y a él renombre. Conocía en una sola prueba al cómico de envergadura, y en un solo gesto al cómico de la legua: inútil para una "pose" personal en las tablas se la enseñaba de maner insuperable a más de uno de sus artistas predilectos. Quería hombres, no simios. No bastaba con imitar; había que interpretar. Y en conseguir esto era muy sueve y paciente, como era sedosa su risa y como era manso y

plácido el mirar de sus ojos pardos. Comprobó su vocación en múltiples esfuerzos felices. Su ingenio explotó con éxito los actos extremos de la existencia desconocida en el ambiente de la altura.

Lecturas fugaces de Nietzsche, o de algunas de sus teorías a través de D'Anunzio, lo incitaron al drama hondo que labró triunfal. "Los derechos de la salud", producto de una emoción vivida, fué una muestra elocuente de aquel pensar profundo que él clareó en la escena con toques magistrales. Dura lex. Por el martirio de su heroína debía pasar él también lejos del hogar, en apartadas tierras, entre muchedumbres extrañas que se agitan indiferentes y no distinguen preeminencias. Un viajero, con ser un iluminado, no es más que una sombra que pasa y se esfuma en el vacío de los egoísmos glaciales que más crudeza de las arenas "que andan" en el desierto verdadero.

Recién llegado a criterio maduro, Sánchez empezaba a presentar ideas de cuerpo entero.

En cuanto a la emoción que debían producir, no había duda; pero como derivativa en él de una sensibilidad moral rudamente castigada. Aquellas ideas eran como imágenes reales del mundo del dolor. Los apremios de la vida bohemia le afligían a medias o no le afligían en la medida que a otros, cuyos cerebros parecen hechos para atender las exigencias del día y nada más. Su facultad de observar le instruyó de causas y de fenómenos complejos, no accesibles "a esos otros", que él llevó a las tablas con rara exactitud, como experimente en cabeza propia. No obstante, más que la desgracia suya, lo inspiraba la desgracia ajena. Se acordaba del pan cuando sentía necesidad. Si hubiese po-

siendo dones de aeda habría sido cáustico, pero no filosófico en el fondo y en la forma literaria. Con toda la prosa amarga de su vida fué la prosa de su teatro.

De otro modo, su estilo no llevaría sello personalísimo, porque en él mismo vió y sintió los espasmos y las angustias del conjunto.

A partir de sus planes de futuro, tales como me los confió en la intimidad con resolución y firmeza, me propuse acercarlo a autores entonces en boga, cuyo comercio de ideas podía serle de gran provecho, así como a artistas capaces de encarnar sus principales creaciones dándoles sangre, fuego y realidad palpitante...

Mi sabio amigo, el profesor Angelo de Gubernatis, solía celebrar reuniones en su casa, vía Lucrezio Caro, a las que concurrían los más distinguidos hombres de letras; y con este motivo pensé llevar allí a Florencio para ponerlo en relación con dramaturgos selectos que lo alentasen con su habitual gentileza y notoria pericia en el arte.

Y en ello estaba, cuando el huésped desapareció de pronto, inesperada y silenciosamente.

Pasaron días y semanas.

Transcurrieron meses, sin que de él se supiera.

No escribió una carta ni una tarjeta. Ni puso un despacho telegráfico. Tampoco un saludo verbal por algún trashumante, de tantos accesibles que saltan de uno a otro clima siempre amables y contentos.

Llegué a suponer que hubiese caído enfermo a lo largo del camino; de ese camino que él gustaba seguir y en el que al fin se arroja el báculo y el morral por exceso de cansancio, para alzar la voz sin que nadie la escuche aun cuando sea un adiós a la vida.

Sospeché que se hubiese entrado aterido y vacilante en alguno de los vestíbulos de la muerte; es decir, en alguno de esos hospicios que de trecho en trecho con olor a tumbas, suelen hallarse a la orilla de los bosques o en la falda ríscosa de las montañas.

Con esta preocupación, dirigí notas a las legaciones uruguayas de Francia y España, rogando noticias del peregrino. De una y otra se me contestó que nada, absolutamente nada podían decirme de Florencio.

Me aprestaba a pedir datos a Suiza. Pero, una tarde, estando en la mesa con mi familia, me sorprendió el telegrama que el señor cónsul general, Bernardo Callorda, me dirigía de Génova.

En buenos términos, decíame que el joven compatriota había llegado exhausto, lívido el semblante, rojo el labio por la fiebre, la palabra breve y seca, la mano sudorosa, el aspecto desolado. Pedía protección. Se le prestó sin demora. El cónsul buscó a un médico de renombre, informóle de quién era el doliente y encargó su celo científico porque el joven era digno de esas atenciones.

El especialista en males de órganos respiratorios atendió el reclamo. Clavó en el enfermo su ojo clínico. Hizole quitar de las ropas lo suficiente, tomó el pulso al pasar, auscultó, volvióle de espalda, golpeó de arriba a abajo con la yema del índice repetidas veces esperando respuesta cierta a cada llamada; después puso el oído en los locales afectados, y las contestaciones fueron viniendo con la misma tenuidad de las ondas sonoras de un telégrafo sin hilos. Volvió a golpear con el dedo y auscultar.

Luego se apartó y miró al cónsul como si le dijera: "Aquí hay una doble bacteria formidable; en ellas se anega la fórmula de Forlarini: ni nemo-tórax, ni aire seco que valga; los dos pulmones están cribados: sus cavernas tienen millones de microbios".

Pareció decirle; pero de verdad y a solas, le aseguró grave y fríamente: "Doy a este joven ocho días de vida, si permanece en Génova; sin embargo, creo que ésta podría alargársele hasta seis meses, si en el acto se le traslada a un sanatorio de Suiza", que él indicó. Al despedirse, el enfermo lo interrogó con entereza sobre la naturaleza de su mal, añadiendo que le hablase de un modo categórico porque él era todo un hombre. Ante esa actitud estoica, el profesor le contestó diciéndole cuál era su enfermedad, y que le urgía ir a asistirse a las montañas.

El enfermo decayó ante aquella revelación, y dijo estar pronto a partir. Y aquí empieza el épodo de la odisea de Florencio con sus fates terribles, su serie de puntos de dudas y de angustias, sus mareos en tierra firme, sus desencantos y fiebres solemnes hasta la hora final.

El cónsul, de acuerdo conmigo, dispuso de mil quinientas liras para que de ellas hiciera uso Sánchez en tanto yo solicitaba por el cable del gobierno aprobación de esta medida expresando la especialidad y urgencia del caso. El gobierno que, en su tiempo oportuno había entregado en tres giros la suma de mil quinientos pesos oro a Florencio en su carácter de comisionado oficial ante la exposición artística de Roma, accedió en parte a mi pedido, sin pensar tal vez que el mal inexorable arrastraba ya a su víctima al seno de

la nada. En parte, porque el resto de la suma fué acordada para sus funerales, de que no se dispuso por ser suficiente aquella de que el cónsul le hiciese entrega.

El buen cónsul padecía ese día de un ataque de bronquitis; pero imponiéndose abnegado a su propia dolencia, pidió arreglo de cuentas al dueño del hotel en que moraba Florencio.

El hotelero se había puesto sobre sí. Aquel muerto que andaba podía ser causa de su desastre, apenas la clientela se enterase de los hechos. Exigió precio doble y dijo ser, desde ese momento, triple, si aquel temible huésped no desalojaba en el acto el local. El tolerante cónsul se explayó en razones, hizo el merecido elogio del viajero, e impetró que no se abusara de su precaria situación. Todo era cosa de breves horas. El tren para Suiza salía al siguiente día muy temprano.

Nada!.. Los derechos de la salud se imponían a cualquier convenio; primero estaba el prestigio de la casa, la clientela tenía horror al contagio; mejor era liquidar sin más parlamento. Esto pasaba en un aparte, como en la escena...

Florencio vió pagar en silencio, y se fué. Se fué con su guía. El tosía y su guía también. Maldita tos! Denunciaba de lejos, porque el rumor siniestro se había difundido. Llamóse a otra puerta. El gerente dijo que no había cámara en disponibilidad. El cónsul insistió arguyendo que tan sólo se pretendía un lecho por algunas horas pues el viandante seguiría marcha al amanecer, y que siendo así, se improvisase un dormitorio donde él pudiese ser asistido! Bastó. No existía un rincón libre. Todo el hotel estaba ocupado...

La señora esposa del cónsul se hallaba enferma;

él sufría fuerte ataque a los bronquios; en su casa, donde Florencio pasara gran parte de la tarde, no había comodidad. ¿Qué hacer? Entraron a otro establecimiento. Miradas fijas. Inquietud. Gestos duros y expresivos. Medio saludo y frialdad. Nadie se movía como era de hábito para cargar con el equipaje. Ni un aposento, ni una cama. A causa de ello, la casa se había visto en el caso de rechazar muchos concurrentes en esa tarde. Imposible, pues, atender a la demanda, con gran pesar. Para la guarda del negocio, la higiene ante todo. No dijo esto el mercader, pero se leyó en sus ojos avizores que hurgaban en las entrañas. Los derechos de la salud eran muy respetables!..

¿Adónde ir? Avanzaban las horas. Viajero y guía se sentían fatigados. El aire húmedo comenzaba a producir sus efectos. Maldita tos!

Siguieron sin rumbo fijo en el vehículo de plaza... Nuevas decepciones... Algunas muy crueles, porque el recibimiento fué casi mudo y la despedida grosera.

Detuviéronse por instinto delante de un hospital. Penetraron en su vestíbulo. Ambiente propio de los asilos del dolor. Fisonomías serias, modales sobrios, frases concisas y concretas como un récipe... Ojeadas más filosas que un bisturí... Al fin vino el director. Oyo poco; sus pupilas inquisidoras rehicieron pronto aquella historia de infortunio. Movié la cabeza, y dijo que el hospital, por su reglamento, no podía admitir pacientes de enfermedades contagiosas. El cónsul agotó los recursos de su dialéctica.

—Bien, repuso el director. Bajo mi responsabilidad daré hospedaje a su amigo, y lo atenderé de inme-

diato, pero a condición de que mañana temprano continúe su marcha para Suiza.

Así se convino. La actitud de aquel hombre de ciencia consoló al uno y serenó al otro. Era una nota simpática en medio de tan amargas atribuciones. Casi augusta cuando se siente aletear la muerte por encima de la cabeza, y quien la siente es joven y ansía vivir preñado de esperanzas y de ilusiones de gloria. El médico lo atendió solícito esa noche y recomendó el régimen a seguir.

Temprano y acompañado de uno de sus íntimos, venido de Milán, Florencio subió al tren, su último tren de paso por el mundo. El del viaje eterno le esperaba muy cerca, en la sombra y el misterio. Se me informó que fué un trayecto lleno de contrastes rudos, de escenas impresionantes y de fenómenos nerviosos: ora minutos de diálogos amenos y de alegría tranquila, ora ratos de vocablos cortos y sonrisas tristes, de quejas de desalientos, de inquietudes, de silencio fatídico. Impaciencias y caprichos, surgían a cada momento ante el desfile fugaz de cuadros y de paisajes encantadores, o por efectos del mal agudo que devoraba su cuerpo.

Cuatro horas hacía que el vagón rodaba.

Aquellas impaciencias culminaron. El doliente se sentía casi anonadado, sin fuerzas, sin vigor moral. El movimiento le era ya insoportable. Sea por esto, fuera porque Milán le atraía, como centro en donde se había deslizado no poco de sus días de expansión y goce en sociedad pintoresca con autores y actores de toda estirpe; o ya porque la ciudad de suyo estética y artística, le pareciera más grata para su postrer des-

canso que los sanatorios donde se prolonga la agonía en las cumbres y las nieves, decidióse a bajar y se lo manifestó así a su compañero.

Así fué. En tanto él andaba a paso lento hacia el vehículo que debía conducirlo, el mal espantoso seguía galopando. Estos emisarios del abismo marchan siempre de prisa. Al fin, dijo Florencio que lo llevase a la casa denominada "*Fate bene fratelli*", dirigida por hermanas de caridad.

El sabía que en aquella casa no se inquiría qué clase de enfermedad afligía al recién llegado. Las puertas estaban siempre abiertas y los brazos también para las víctimas de la desgracia. Sonrientes recibía y amables cuidaban al desvalido las mujeres de rostro pálido y de mirada absorta.

En Italia yo conocí a algunos de estos seres muy abnegados, ajenos a la hipocresía y a la reserva sospechosa, excepciones entré muchas que se consagraban para desertar después o se disfrazaban para vivir mejor. Les profesaba sincero aprecio y respeto. Estas de que hablo no habían errado tampoco la vocación. Eran útiles a sus semejantes. Jesús había socorrido a los que tenían lepra en el cuerpo y lepra en el alma. Ellas lo imitaban por deber, por caridad, por costumbre del peligro. La llaga que supura y el bronquio que silba lúgubre, el pulmón que resuella y el cáncer que labra en la carne viva con mil garras la sentencia inapelable, eran a juicio de esos espíritus estoicos, naturales accidentes, miserias humanas, para las que existían en todo idioma culto y hasta en el idioma bárbaro las palabras "alivio y consuelo" "*Fate bene...*" Por eso cuando pisaba trémulo los umbrales un vencido cualquiera en

la lucha por la vida, poco importaba que viniese herido de muerte y exhalando efluvios letales. Manos a la obra! Se hará lo que se pueda. El proceso patológico del que sufre no ha de ser óbice a su piedad. No se creía allí que la salud tuviese más derechos que el dolor que grita amparo y clemencia. Y aquellos entes de proezas secretas acogieron amables a Florencio, lo llevaron al lecho y lo asistieron con buena voluntad. El pobre náufrago tenía su morada muy lejos, y ya sin fuerzas, buscaba aquella donde reina la paz y el silencio absoluto.

Ocho días apenas se sostuvo, fluctuando entre la luz y la sombra. Y una de aquellas asistentes de frente adusta y pensativa, atenta a la agonía, recibió su última mirada melancólica, cuando él murmuraba estas palabras: "Quién dijo miedo!"

Esto cogió de sorpresa a los amigos que el enfermo tenía en Roma. Todos le creíamos en el sanatorio suizo, que había indicado como el facultativo genovés. De ahí que, el conocido deceso ya tarde por telegrama del cónsul uruguayo en Milán dirigido primero al de Génova, se hiciese imposible concurrir a los funerales. El desenlace fué rápido, dentro del breve término angustioso previsto por el diagnóstico científico.

Sin que importe establecer paralelos, Florencio tenía la misma edad de Byron al expirar (treinta y seis años) y un poco de su temperamento en lo psíquico y en lo excéntrico. Al uno no le dió largas la abrasadora fiebre que lo consumió; ni al otro el báculo que ara sin reposo, y que sin reposo ha de ir consumiendo dos tercios del género humano.

No dejó producción nueva alguna, ni una línea

que denunciara el principio de una tarea seria, de la que él sabía acometer con tesón una vez meditado el tema, y urdida la trama con la sagacidad que le era peculiar. Aun cuando él sintiera aletear en su cerebro alguna idea de luz, su índole perezosa le aconsejaba dejar el trabajo de escribirla para otro día. Creía disponer de mucho tiempo del infinito!.. Fué un alma soñadora a su manera; un alma pura en su esencia y rica en inspiración, con envoltura tosca y áspera, como el brillante, como la perla. La hizo él destellar, la hizo lucir. Al principio, con tanteo tímido y con acción ingenua, fijando sus ojos en los rostros de los demás, al igual del niño que teme haber incurrido en un despropósito; después, ante la acogida auspiciosa de mayores triunfos, se dió cuenta entonces de que el brillante era de primera agua. En el último período de su existencia, estaba apenas en el comienzo de sus máximas de gloria. Era mucho y de esperarse bueno, lo que podía dar de sí.

Pero al permitirse una tregua en la labor intelectual, entendió que ella no excluía el exceso en los placeres; y ya ahito, oyó una voz helada que venía del fondo de su organismo deshecho, y le decía: "De ahí no pasarás". Se derrumbó sin tiempo de protesta, contra aquella iniquidad. La tierra del arte lo recibió en su seno. Bien está allí, hasta tanto su patria lo reclame piadosa y sus coetáneos rindan justo tributo a su memoria.

Rio de Janeiro, II-15-1913.

